

Octavio Paz o la ficción



Octavio Paz, visto por Vázquez de Sola.

AL leer recientemente en TRIUNFO el artículo de Octavio Paz titulado "La libertad como ficción", pensé que sería oportuno y justo referirse un poco a las ficciones de Octavio Paz.

En "El laberinto de la soledad", Octavio Paz afirma que el mexicano se mueve siempre con "aire furtivo", se esconde tras la "simulación", en la "hipocresía". Esto es imposible que sea cierto para el mexicano, pero sí para un mexicano: para Octavio Paz.

El escritor italiano Carlo Coccioli, en un documentado artículo publicado en la más plural e importante revista mexicana, "Siempre", a finales de 1970, y en el que descubre la filiación y dependencias de la llamada "obra capital" de Paz —El laberinto de la soledad— al leer los autores en los que Octavio Paz se había fuertemente "inspirado", Coccioli escribe:

"Después de El laberinto de la soledad que, aun no siendo obra original, posee los encantos de la materia sobre la cual en ella se diserta, el escritor-diplomático ha ido pariendo una lírica cada día más sofisticada, más geométrica, más (dirían los franceses) tarabiscotée pese a su aparente desnudez; y cada día más acondicionada por la incontenible presión de los venerados —que no siempre venerables— modelos extranjeros. Adoración que no es tanto actitud literariamente feminoide como producto de deslumbramiento: el provinciano llega a las anheladas orillas de la Gran Metrópoli. Postura algo pedante, aunque comprensible, pero especialmente pueril: testimonio de que, no obstante su frenética inmersión en la cultura francesa, ¿o quizá a causa

de ella?, el poeta mexicano no ha sabido sustraerse al infantilismo o por lo menos a la extrema (y a veces fabulosamente estúpida) inmadurez de pensamiento y de sentir que —¡oh, juventud!— caracteriza su continente de origen, a menudo en lo literario y no raramente en lo político.

"Pero ahora, a través de la entrevista publicada ayer por 'Excelsior', no es tan sólo el poeta quien revela, e indirectamente admite, su fragilidad, sino también el personaje literario detrás del cual el auténtico Octavio Paz ha creído oportuno, siempre, disimularse. Guiado por las sombras más o menos ilustres de sus patrones franceses, aquellos surrealistas tardíos que nunca han dejado de encarnar un tétrico 'exercice de style' a lo Queneau, el señor Paz quiso obstinadamente presentarse, hasta ayer, como un altivo grito de desdén y repulsa ante las miserias comunes. Pues él era, o como tal anunciábase, la torre de marfil en la que se encerraba. Cansado y decepcionado, hoy nos regresa hablando en voz baja ('con inflexiones que mejor irían al francés que al español', escribe, quién sabe si muy ingenioso o muy ladino, el entrevistador) y, aunque lo niega, con la mano tendida. El señor Paz, con un gentil balbuceo, declara hoy día que 'nosotros deberíamos colaborar lealmente, nosotros deberíamos oír al Gobierno y hablar con el Gobierno'. (Recordamos que esta entrevista es de diciembre de 1970, y por lo tanto el Gobierno a que se refiere Octavio Paz es al Gobierno del entonces flamante Presidente Echeverría.) Para luego añadir que 'no es un azar lo que ahora ocurre en México. Ciertamente, es la

acción de un hombre, pero esa acción es la respuesta de un hombre a una situación social...'. Las refinadas formas del Lenguaje de las flores con las que suele expresarse el establishment mexicano nos enseñan que desde estas palabras hasta el más digno señorpresidentismo el paso es corto.

"Conclusión: hastiado por esa ingrata Francia a la cual con provinciano candor se imaginó haber conquistado —esa Francia que rechaza, ¡ay!, con la misma indiferencia con la que finge abrazar—, el ya maduro poeta, con sus reumas y sus antibióticos, olvida las rebeldías surrealistas y, realísticamente, helo aquí para ver cómo sale del atolladero.

"Apreciamos en su entrevista la presencia de una frase de tan alta hermosura que antes que él la han pronunciado unas veinte personas, desde Sartre hasta Togliatti, desde Albert Camus hasta Simone de Beauvoir y mi amigo Malaparte. Esta: 'Cuando una sociedad se corrompe, lo primero que se gangrena es el lenguaje'. Que no sólo es hermosa, sino también veraz, lo demuestra el inmenso kindergarten que es la América Latina de la inteligencia literaria organizada en agresivas mafias. Hablan —mintiendo— de 'boom', de clamoroso éxito internacional: ¿y qué hay? ¡Hay Cantinflas! Hay las maromas de quienes pretenden presentar como producto deliberado de sus principios literarios lo que es solamente el mediocre fruto de sus incapacidades. Cuando no se logra engendrar nada original, nada constructivo, nada emocional o racionalmente válido, nada que tienda hacia la perfección que jamás fue, contrariamente a lo

que ellos pregonan, 'cosa de receta', se declara en tono desafiante que los defectos son virtudes: el vulgo es crédulo —les jeux sont faits— desde el Río Bravo hasta la Patagonia. Lo que importa es evitar la claridad. En lo sibilino de una fraseología como 'la novela se acerca a la intransividad verbal de la poesía, pero no puede dejar su carga referencial; y la poesía se carga de referencias, pero no deja de ser, fundamentalmente, intransitiva', la Ignorancia cree ver al Genio. Cantinflas es el gran hombre del continente.

"¿Sonreír? Un poco sí, 'ma non troppo'. Pues hay drama encerrado, y es imposible que el señor Paz, por lo menos hasta ayer lealder de una literatura 'indisociable del ejercicio de la crítica', no lo sepa. El drama consiste, para los escritores del pretendido 'boom', en no saber encontrar el enchufe entre sus oscuras teorías y el mundo de las realidades. Lo pedante y lo farsante, acompañados por citas de Lévi-Strauss o de Wright Mills, se mezclan con el desconocimiento del adolescente que hace frases acerca del prostíbulo a donde jamás ha penetrado. Dogmatizan sobre la guerra y sus horrores, estos maestros del falso 'boom', y se dejaban proteger por acogedores colegios para hijos de diplomáticos cuando otros se pudrían entre el hambre y la mierda. Dictaminan sobre la democracia, y jamás han tomado riesgos personales, efectivos, con tal de establecer un dejo de libertad en sus patrias. Exaltan la rebeldía juvenil, pero cuando Cohn-Bendit arriesgaba el pellejo ellos tocaban el bongó, o se tocaban otra cosa, en los salones del XVI arrondissement. No quieren que se extienda a los indios mexicanos nuestra abominable sociedad de consumo, pe-